

“Apesar de Você”

Aprendizajes posibles de la resistencia feminista frente a Bolsonaro para traer a la Argentina



Vanessa Dourado

Coletivo Insurgência - Partido Socialismo e Liberdade / Brasil. Attac Argentina, coordinación de proyectos sobre Tratados de Libre Comercio, bienes comunes y género
vanedourado.m@gmail.com



Keka Bagno

Coletivo Insurgência - Partido Socialismo e Liberdade
kekabagno@gmail.com

El miércoles 7 de febrero de 2024, cuando ni siquiera se habían cumplido dos meses enteros del nuevo gobierno argentino con Javier Milei a la cabeza, nos reunimos en el salón de la radio comunitaria de ciudad de Buenos Aires “La Tribu” con Vanessa Dourado y Keka Bagno, compañeras brasileñas militantes del PSOL. La propuesta fue pensar juntas qué aprendizajes podían transmitirnos compañeras que acababan de atravesar un período de resistencia al gobierno de ultraderecha de Jair Bolsonaro en este incipiente contexto local regresivo. ¿Qué tienen en común estos líderes? ¿Cuáles son las peculiaridades de los activismos en cada país? ¿De qué manera sostenernos frente a los ataques específicos hacia nuestros derechos? Lo que sigue es una breve síntesis a cargo de Vanessa de las reflexiones que compartimos ese día.

Keka

Un poco de historia

El proceso de ascenso de Bolsonaro no puede comprenderse sin indagar en el período anterior, que tuvo en el centro el *impeachment* a la entonces presidenta Dilma Rouseff en el año 2016. Entre las articulaciones que el Partido dos Trabalhadores (PT) había llevado adelante para conseguir la presidencia se contaba la elección de Michel Temer como vice, miembro del centro-derechista Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB). Fue esa alianza la que creó condiciones de posibilidad para la implementación de una severa agenda de austeridad a través del congelamiento del techo de gastos para los servicios públicos básicos, como salud y educación. También abrió las puertas para una crítica conservadora y racista contra las agendas progresistas. Entre ellas, la elaboración de proyectos que buscaban cuestionar y modificar leyes que garantizaban los derechos reproductivos de las mujeres, la edad mínima de imputabilidad penal, los derechos de la población LGTBQ+ y de los pueblos indígenas, negros y campesinos. Además, la derecha en el gobierno promovió la criminalización de los movimientos sociales y otros sectores en lucha, como sindicatos y partidos de izquierda.

Pasado ese período, hubo dos episodios que también fueron parte fundamental del proceso de surgimiento del fenómeno Bolsonaro. El primero es el asesinato de Marielle Franco, en marzo de 2018, y, el segundo, la prisión –a través de una articulación de los poderes judiciales– de Lula da Silva en abril del mismo año.

Las elecciones de 2018 estuvieron precedidas por estos hechos, y la figura de Bolsonaro surge con más fuerza en la escena política en este contexto de golpe y violencia política. A diferencia de Javier Milei, Bolsonaro no era un recién llegado: siempre estuvo involucrado en la política del país. Ingresó primero como concejal de Río de Janeiro en el año 1988, y desde entonces se desempeñó como diputado por la misma provincia hasta llegar a la presidencia tras derrotar a Fernando Haddad –candidato del PT– en segunda vuelta con una diferencia de 11 puntos de ventaja.

La llegada de Bolsonaro a la presidencia de Brasil fue marcada, ya desde el inicio, por una política que nombró como de “desideologización” del ámbito educativo. El concepto de ideología de género ganó fuerza y buscó reforzar la idea de que los temas relacionados a los feminismos y a la comunidad LGBTQ+ habían sido implementados por la izquierda con el objetivo de destruir a la familia. *Fake news* que difundían episodios polémicos, como la “mamadeira de piroca” –una noticia falsa que acusaba al PT de haber distribuido maderas en forma de pene a guarderías de Brasil– fueron usadas para deslegitimar los avances en la discusión sobre identidad de género y orientación sexual en las escuelas.

El consumo de noticias falsas creció de forma exponencial durante el mandato de Bolsonaro, el vínculo del gobierno con los Estados Unidos y el uso indiscriminado de las redes sociales, sobre todo WhatsApp, permitieron a una parte de la población ver validado su ideario conservador, racista y patriarcal. Ese ideario tiene una profunda base histórica. Brasil fue el último país del hemisferio occidental en abolir la esclavitud y la expansión demográfica inicial del país fue resultado de la violación de cuerpos de personas indígenas y negras. Hasta hace muy poco tiempo eran los maridos quienes decidían sobre los cuerpos de sus esposas en cuestiones cotidianas. Por ejemplo, una mujer casada solo podía hacerse una ligadura de trompas si su cónyuge le autorizaba. Brasil es el quinto país con más femicidios del mundo, es el primero en cantidad de asesinatos de personas LGBTQ+ y el tercero en el ranking de mayor número de encarcelados. La mayoría de la población carcelaria brasilera es negra.

También es preciso señalar que los dieciséis años de gobierno del PT sembraron mucho resentimiento por parte de sectores que, aunque no vieron sus privilegios ser destruidos, vivieron con incomodidad la ampliación de derechos de poblaciones históricamente olvidadas por el Estado. En esos años, existieron políticas de cupo en espacios como la universidad pública y políticas de acceso a la vivienda y a la alimentación a través de programas sociales para revertir la pobreza y desigualdad estructural.

El odio como bandera

Ese resentimiento tomó forma de política de estado durante el gobierno de Bolsonaro. La discriminación hacia las regiones Norte y Nordeste del país –en donde hay una mayor concentración de personas negras e indígenas– pasó a ser validada por el presidente quien en muchas ocasiones dijo que el acceso a los servicios básicos por parte de estas poblaciones era un privilegio. Surgió entonces un movimiento conservador en el Sur del país, que planteaba que esta región debía independizarse y construir un país aparte, ya que les parecía ilegítimo compartir el mismo país con esas poblaciones.

La narrativa construida por la extrema-derecha contra las izquierdas fue muy fuerte. Para el bolsonarismo, no había diferencia entre progresismo, izquierda o centro

izquierda. Todo era considerado izquierda y, por lo tanto, una amenaza a las libertades individuales y un símbolo de corrupción. Este discurso se repitió hasta el hartazgo durante la pandemia del COVID-19.

El contexto pandémico fue clave para entender tanto el auge de la figura de Bolsonaro como el comienzo de una resistencia activa contra sus políticas. El COVID sacó a las personas de la calle, de forma que fue muy difícil movilizarse en repudio a las medidas regresivas. Pero también generó un movimiento de solidaridad importante, sobre todo entre los sectores más afectados por el hambre. Mientras el presidente negaba la existencia del virus, una respuesta popular fue la creación de las primeras cocinas solidarias y una red de comercio de pequeños productores para enfrentar la carestía de alimentos. Entre tanto, los números acerca de la cantidad de muertes por COVID eran imprecisos. Durante el gobierno de Bolsonaro todos los organismos de fiscalización y control de datos fueron desfinanciados y manipulados y muchos de los números divulgados no representaban la realidad. Los discursos del gobierno ponían en duda la gravedad de la pandemia, y aunque muchas personas tuviesen casos de muerte en la familia, muchos fueron llevados a no creer que la causa hubiera sido el COVID.

Una de las figuras que permiten entender el ataque a posiciones feministas más allá del presidente y sus hijos fue Damares Alves, al frente del Ministerio de Derechos Humanos. Alves llevó adelante una política basada en sus convicciones religiosas de tinte fundamentalista. El ataque desde arriba redundaba en la legitimación de ataques cotidianos a sectores progresistas. En esa misma línea, el asesinato a indígenas creció exponencialmente durante el gobierno de Bolsonaro, mientras en paralelo se incrementaban las ganancias de las empresas de agrotóxicos y de los sectores ligados a la agroindustria con quienes los pueblos originarios disputaban por el reconocimiento de sus derechos a la tierra. En medio de la sensación de desesperación, el consumo de antidepresivos creció y se agravaron los casos de suicidio, sobre todo de personas del campo de la cultura, adolescentes y personas LGTBQ+.

A pesar de la victoria de Lula, el bolsonarismo sigue fuerte y tiene aún muchos adeptos. Para lograr ganar las elecciones y tener un mínimo de gobernabilidad Lula ha tenido que poner en marcha distintas concesiones, entre ellas muchas alianzas con la derecha. Esto sin dudas puede redundar en obstáculos para avanzar en políticas de inclusión y de garantía de derechos. Pero dado el escenario del que venimos, la situación de los colectivos en lucha es sensible, ya que la crítica hacia el gobierno puede ser vista como un posible fortalecimiento del campo bolsonarista y en ocasiones tiene de hecho ese efecto.

Puntos en común y aprendizajes posibles

Si hacemos una lectura comparada, la impresión es que Bolsonaro parecía ser una figura política con más habilidad y experiencia que Milei. La respuesta de los argentinos en las calles luego del ascenso de la ultraderecha al gobierno muestra todavía una vitalidad de la capacidad de movilización. Fue contundente y marca una diferencia con el proceso en Brasil.

La gran apuesta de Bolsonaro fue destruir los lazos de empatía y solidaridad en la sociedad y en Argentina la estrategia parece ser bastante parecida. Por ello es muy importante cuidar la salud mental de las personas que integran los movimientos de oposición y resistencia a este gobierno de ultraderecha. Fue central para los movimientos anti-bolsonaro. Tener en cuenta la importancia tanto de fortalecer la política del afecto como de construir estrategias para luchar contra el hambre y la crisis.

Vanessa

A diferencia de Argentina, Brasil no es un país con una tradición de toma de calles. Las protestas masivas que ocurrieron en el país en el año 2013 marcaron un punto de inflexión que más tarde contribuiría al golpe hacia Dilma y luego a la elección de Bolsonaro. En aquel momento, las calles habían sido ocupadas con la consigna “tarifa cero”, que cuestionaba el precio del transporte. Paradójicamente, luego fueron consignas capturadas por movimientos conservadores, que demonizaban a la izquierda y que reivindicaban el retorno de la dictadura militar. Sin embargo, tal vez por primera vez desde el retorno de la democracia, la sociedad en su conjunto comenzó a exponer su opinión política de forma muy pública. Así como sectores de ultraderecha ocuparon las calles, también movimientos que hasta el momento no se caracterizaban por su masividad, como los feminismos, respondieron frente al peligro de perder derechos ya conquistados. Cuando en 2015 el Congreso bajo el mando de Eduardo Cunha –uno de los responsables por organizar el golpe contra Dilma– votó la prohibición de la interrupción voluntaria del embarazo en casos de violación, comenzó una nueva etapa de las luchas feministas conocida como la “primavera feminista”. Se trató de una iniciativa que estuvo en gran medida inspirada por el movimiento argentino #NiUnaMenos.

Tres años después, se popularizaría la figura de Bolsonaro como favorito en la carrera electoral para la presidencia y también como un enemigo de las mujeres y de los feminismos. Sus declaraciones misóginas violentas cobraron notoriedad por primera vez cuando en el medio de una entrevista le dijo a una diputada del PT que “no la violaría porque ella era muy fea y no se lo merecía”. Esos dichos, sumados a su discurso homofóbico y de patologización de las personas LGBTQ+, y las sospechas de su involucramiento en el asesinato de Marielle Franco, generaron una gran movilización de repudio a su candidatura al gobierno brasileiro conocida como “#EleNão”. En septiembre de 2018, esas protestas coparon las calles de las principales ciudades del país. Fueron en su mayoría organizadas por las redes sociales de forma espontánea, bajo comunidades nombradas como “mujeres contra Bolsonaro”.

Acá es posible encontrar una similitud entre la respuesta de la sociedad brasileira y de la argentina frente a la amenaza del ascenso de la extrema-derecha: la movilización de grupos feministas organizados. Desde Buenos Aires, tras un período de cierta desmovilización, sobre todo pasada la pandemia, los feminismos volvieron a organizar asambleas y llamaron a una movilización contra la extrema-derecha y su agenda regresiva, en el mes de septiembre de 2023, en torno al día mundial de lucha por la legalización del aborto.

También es preciso destacar la movilización de los sindicatos y todas las protestas espontáneas de personas y colectivos barriales que se dieron durante estos dos meses de gobierno de Javier Milei. A diferencia de Brasil, que más bien vio crecer las movilizaciones de derecha y en defensa de Bolsonaro, en Argentina, todavía no se ven marchas masivas en reivindicación del mileísmo. Otra similitud en el proceso de resistencia es la centralidad que tuvo en Brasil en su momento –y que tiene hoy también en Argentina– la problemática del hambre y del deterioro de las condiciones materiales de la población. En Brasil, sobre todo durante la pandemia, los movimientos sociales de mayor envergadura como el MTST (Movimiento de los Trabajadores sin Techo) y el MST (Movimiento de los sin Tierra) junto a otros colectivos políticos y movimientos sociales, crearon las “cocinas solidarias” con el objetivo de atender a las personas en estado de emergencia alimentaria.

En el caso de Argentina, desde el surgimiento de las ollas populares a partir de las movilizaciones de 2001, esa estructura de contención ya existía. Y aunque una parte

de ese movimiento esté institucionalizada, frente a un gobierno que tiene por objetivo destruir los lazos de solidaridad y de organización social, se vuelve necesario fortalecer estos espacios e iniciativas que ya forman parte de la tradición política argentina. En Brasil, esas acciones de solidaridad vinieron acompañadas por un intenso trabajo de politización. A pesar de que en un inicio fue muy difícil dar ciertos debates, ya que la escalada de violencia y estigmatización hacía los movimientos era muy fuerte, con el correr del tiempo la escasez de alimentos pasó a ser uno de los temas principales que habilitó iniciativas políticas. Se generaron así protestas de acción directa y también movilizaciones digitales bajo la consigna “hay gente con hambre”.

El trabajo en las redes sociales fue clave para visibilizar la situación real de las poblaciones y para combatir las noticias falsas. La desinformación sistemática fue fundamental para el sostenimiento de Bolsonaro en el poder y para la creación del movimiento bolsonarista que, hasta el día de hoy, tiene un 25% de apoyo popular.

Se organizaron varios colectivos de producción de contenido digital. El trabajo de periodistas, activistas y de la prensa alternativa cumplió un rol central en la disputa narrativa. Mídia Ninja, en particular, hizo un trabajo incansable junto a los movimientos sociales y partidos de izquierda.

En el contexto argentino también se ha vuelto central la disputa en el ámbito virtual, no solo desde las redes de los movimientos y de referentes militantes, sino también en el trabajo de periodistas y de canales digitales que traen debates y análisis sobre las acciones del gobierno. La proliferación de memes y de influencers con tinte humorístico, que logran comunicar de una forma más comprensiva para las mayorías, muestra que es clave correr los límites de la mera indignación.

Argentina parece tener mejor desarrolladas las herramientas de resistencia y construcción de espacios de contención, así como de acciones de solidaridad coordinadas. Sin embargo, desde el campo político-partidario, la fragmentación todavía aparece como un obstáculo a la construcción de una salida en unidad contra la extrema-derecha. Esto fue un elemento clave para derrotar a Bolsonaro en las urnas en 2022. En Brasil la creación de los dos frentes, “Frente Brasil Popular” y “Frente Povo Sem Medo”, fue fundamental para generar espacios de debate estratégico, movilización y combate a Bolsonaro, tanto en las calles como en las elecciones.

